

tuvo ocupada por un brillante grupo de expertos en derecho y sociología electorales, en el que figuraban desde el maestro de constitucionalistas y colaborador de "Le Monde", Maurice Duverger, hasta el sociólogo marxista Henri Lefebvre, pasando por los profesores Ollero, Martínez Cuadrado, Jiménez de Parga, Díez Nicolás, Manuel Ramírez, Pedro de Vega y la figura extranjera que tuvo la intervención más activa en aquel Congreso: el joven profesor Dieter Nohlen, de la Universidad de Heidelberg, que nos sorprendió a todos con sus explicaciones técnicas en un casi perfecto castellano.

Casi seis meses después de aquellas jornadas, cuando ya tenemos Ley electoral, fecha para los comicios y presidente del Gobierno-candidato-a-Cortes, el CITEP (Centro de Investigación y Técnicas Políticas), ente organizador del Congreso, lanza a la calle un volumen que recoge fielmente la transcripción de las ponencias y debates que allí se dieron.

Como quedó suficientemente claro en la sesión inaugural, los ponentes no se proponían elaborar una Ley electoral que pudiese servir de modelo para el caso español, sino que iban a tratar de explicar las consecuencias que distintas técnicas electorales podrían tener a corto y largo plazo para la estabilidad política en nuestro país, así como de determinar qué sistemas de los empleados corrientemente en las distintas democracias occidentales podían resultar más eficaces a la hora de transformar en escaños parlamentarios las aspiraciones, expresadas en forma de sufragios, de nuestros compatriotas.

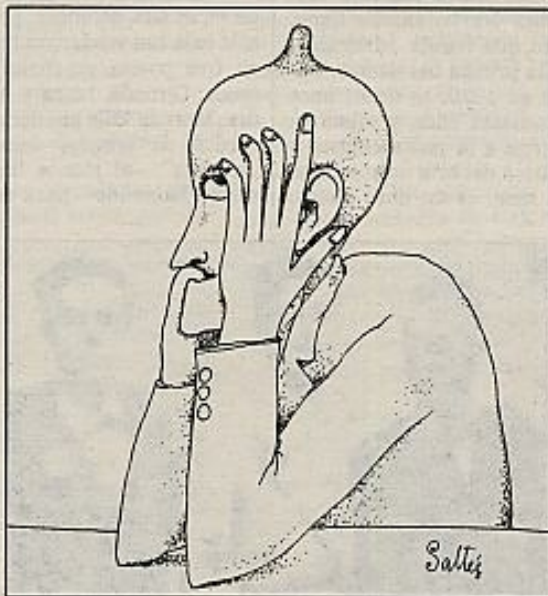
Si, como afirmaba el profesor Duverger, toda la Ley electoral actuaba como "factor deformante de las fuerzas sociales", lo cierto era que unas deformaban más que otras. De ahí que hubiese que buscar, cara a la formación de unas Cortes constituyentes, aquellos sistemas que tradujesen con la máxima fidelidad posible la relación de fuerzas existente.

En el debate que se originó en torno a la disyuntiva entre criterio mayoritario y proporcionalidad, se vio además con claridad que el pluralismo partidista, el multipartidismo —groseramente presentado por los alianzapopulistas como causa de todos los males— no ponía en cuestión ne-

cesariamente la estabilidad de un sistema, sino que podía incluso contribuir en ciertos casos a garantizar su equilibrio.

Limitar artificialmente la presencia en las Cámaras de una serie de partidos políticos menores mediante el recurso al primer criterio —el mayoritario— podía resultar incluso peligroso en un momento en que se trataba de elaborar un marco constitucio-

visita a Madrid, a pesar de basarse parcialmente en el criterio proporcional, introduce correctivos y una disparatada distribución de escaños entre circunscripciones que desvirtúan el alcance de esa proporcionalidad, con el peligro real de que la Ley fundamental que puedan elaborar las futuras Cortes esté viciada ya en su mismo origen. ■ JOAQUIN RABAGO.



nal que debía contar con el máximo consenso entre las diversas fuerzas sociales.

Esa falta de causalidad directa entre representación proporcional, multiplicación de partidos políticos e inestabilidad de sistema es afirmada también por Douglas W. Rae en otro libro que acaba de publicar el CITEP: "Leyes Electorales y Sistemas de Partido Político" (1).

Basándose en el análisis empírico de los resultados de las elecciones parlamentarias celebradas en veinte democracias occidentales entre 1945 y 1965, el profesor Rae, de la Universidad de Yale, establece ciertas tesis de carácter general en torno al modo en que las leyes electorales conforman el sistema de partidos políticos o a cómo sus variables estructurales —tipo de voto, tamaño de distrito, fórmulas electorales— pueden desvirtuar la relación entre votos y escaños y crear mayorías electorales artificiales o prefabricadas.

Es hasta cierto punto lo que puede ocurrir con nuestra Ley electoral que, según explicaba el profesor Nohlen en una reciente

(1) Traducción de Eloy Fuente Ferrero.

CINE

"Alicia o la última fuga"

En pocas ocasiones los críticos de esta revista nos dejamos fascinar simplemente por la belleza y la sugerencia de unas imágenes si esas sugerencias no se concretan, bien que mal, en unos conceptos cercanos a lo que entendemos como realismo, a la necesidad de que el cine se aproxime al planteamiento de una realidad concreta; el cine entendido como un paso más en el acercamiento a la comprensión del mundo que nos rodea. Esta perspectiva crítica (sin duda limitada) corresponde en términos generales a la de toda una generación, bloqueada en sus posibilidades de comprensión de ese mundo y en sus necesidades de vivirlo. El cine ha debido ofrecer lo que el franquismo nos impidió percibir directamente;

evidentemente (y salvo todas las corrientes críticas, en su mayoría recientes, que tratan de comprender el cine como un medio de expresión en sí mismo, con sus propias leyes autónomas), esta consideración crítica no es suficiente. Hemos subjetivado lo que exigía una consideración más libre.

Este preámbulo esquemático y, por lo tanto, al menos en cierto modo, falso, me sirve para aclarar la insólita fascinación producida por "Alicia o la última fuga", de Claude Chabrol, estrenada recientemente. Lo insólito deriva de que, conceptualmente, la película de Chabrol no respondería a las exigencias formuladas más arriba. Lo que "Alicia o la última fuga" tiene de espléndido se encuentra exclusivamente en su talento para describir en imágenes un clima cerrado y opresivo cuya significación, finalmente, es ingenua. Pero no puede prescindirse de la habilidad de Chabrol para hacer de ese mundo un todo único, con sugerencias, aunque abstractas, irrechazables, Chabrol nos introduce en el más puro mundo del fantástico (cuyas claves, por lo tanto, pueden marginarse a lo que se exigiría en una comprensión realista y fiel de nuestra realidad inmediata), alejándose de toda identificación precisa. Lo que Chabrol ofrece es una vivencia de la muerte, una imaginación de lo que podría ser la última vivencia de la muerte, y lo hace en términos musicales —de ahí el doble sentido de la "última fuga"— en cuanto que recrea un ritmo narrativo estructurado —como podría ser esa "fuga"— en un tratamiento de la plástica volcado de lleno en la ambigüedad, pero en la que la tensión dramática progresa de forma acelerada. Puede que su película no sea más que una burbuja, como alguien dice, pero en su interior, la infinita gama de colores, formas y misterios se entrecruzan en un lenguaje admirable. Sin olvidar la riqueza aportada por una actriz como Sylvia Kristel, fascinante desde su aparición en la pantalla, y eje básico de una narración que en estas breves líneas no puede simplificarse con los planteamientos válidos probablemente para otras películas.

Cuando una película como "Alicia o la última fuga" está realizada con la imaginación, el talento y la magia con que Chabrol la hace, no queda más que el asombro. Aunque reducida a